

DIALECTICA Y GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR EN CHILE

I. Totalidad y apariencia en la acción política

Es bien sabido que todo orden social tiende a crear un conjunto de ideas y sistemas más o menos coherentes que conforman una "Weltanschauung", una visión de conjunto del mundo y de la vida en la que el orden social en cuestión encuentra su justificación y su razón de ser: su fuente de legitimación.

Entre la "Weltanschauung" y la *esencia* del orden social del cual la primera es *manifestación* y *apariencia* se da una relación dialéctica, histórica y concreta. La interacción entre *esencia* y *apariencia* es siempre continua.

Las ideas y los sistemas ideológicos encarnan en instituciones que, al tiempo que hacen posible la permanencia concreta, material, de la esencia del orden social, forman parte también de su sistema de apariencias: ideologías e instituciones son *manifestaciones* de la *esencia*.

Cuando hablamos de la *esencia*, claro está, no nos referimos a ningún principio religioso, mágico o metafísico, sino a la *totalidad* de lo manifestable en un proceso concreto.

Si se quiere, la *esencia* es la *raíz* de un fenómeno: sus propiedades, sus relaciones y sus interacciones. Explicar la raíz, el fondo de una situación, es explicar su *esencia*. Así, toda ciencia de lo esencial deviene ciencia de las explicaciones totales; deviene filosofía.

La *apariencia* puede encarnar la *totalidad*, la *esencia*, o bien puede ser tan sólo una manifestación desgastada, ya superada, parcial o errónea. La relación entre *esencia* y *apariencia* obedece a las condiciones generales de un momento determinado (vgr. un orden social esencialmente explotador puede disfrazar sus manifestaciones de acuerdo con las exigencias del momento).

Estas cuestiones adquieren especial relevancia cuando se trata de la acción revolucionaria. Cuántas veces la pretendida transformación definitiva y global de los sistemas ha conllevado menosprecio para la acción sobre manifestaciones parciales, consideradas como irrelevantes o puramente formales. Y cuántas veces el no obrar sobre las manifestaciones parciales ha conducido a un estancamiento de la acción revolucionaria.

H. Lefèbvre y N. Guterman se refieren con gran lucidez a este problema cuando dicen:

Algunas veces las apariencias se vuelven contra la esencia de la que surgen y pueden comenzar el progreso de su transformación. Así, la ideología de la libertad democrática ha surgido de la esencia misma del capitalismo. Pero su papel puede cambiar y de mistificador tornarse revolucionario en un momento dado, cuando el capital, transformado en capital financiero, tiende a suprimir sus ideologías y sus formas políticas anteriores. Lo propio de estas apariencias es su equívoco, su ambivalencia. Es necesario, frente a ellas, dar a la acción toda su flexibilidad.¹

Dar a la acción (a la acción política) toda su flexibilidad no quiere decir aquí claudicar en los objetivos revolucionarios o en la celeridad con que debieran ser conquistados. Todo lo contrario: hacer flexible la conducta política significa entender que toda *apariencia* del sistema, en cuanto manifestación de su esencia, es relevante y que la transformación de la totalidad de las manifestaciones no es otra cosa que la transformación de la raíz misma del orden de cosas.

El revolucionario con sentido de la estrategia (y de hecho, es éste el tipo de revolucionario que más merece ser tomado en cuenta) no renunciará a recorrer todos los caminos con tal de agudizar las contradicciones y superarlas dialécticamente.

Y una de las formas maravillosamente diabólicas para hacer esto, bien puede radicar en agotar, en llevar hasta sus últimas consecuencias las *apariencias* del orden establecido. La democracia parlamentaria, bien lo sabemos, aparece como una manifestación típicamente burguesa. Pero la misma democracia liberal llevada a su límite bien puede ser la transición hacia una nueva etapa. No nos parece que sea otro el mensaje del triunfo de la Unidad Popular en Chile.

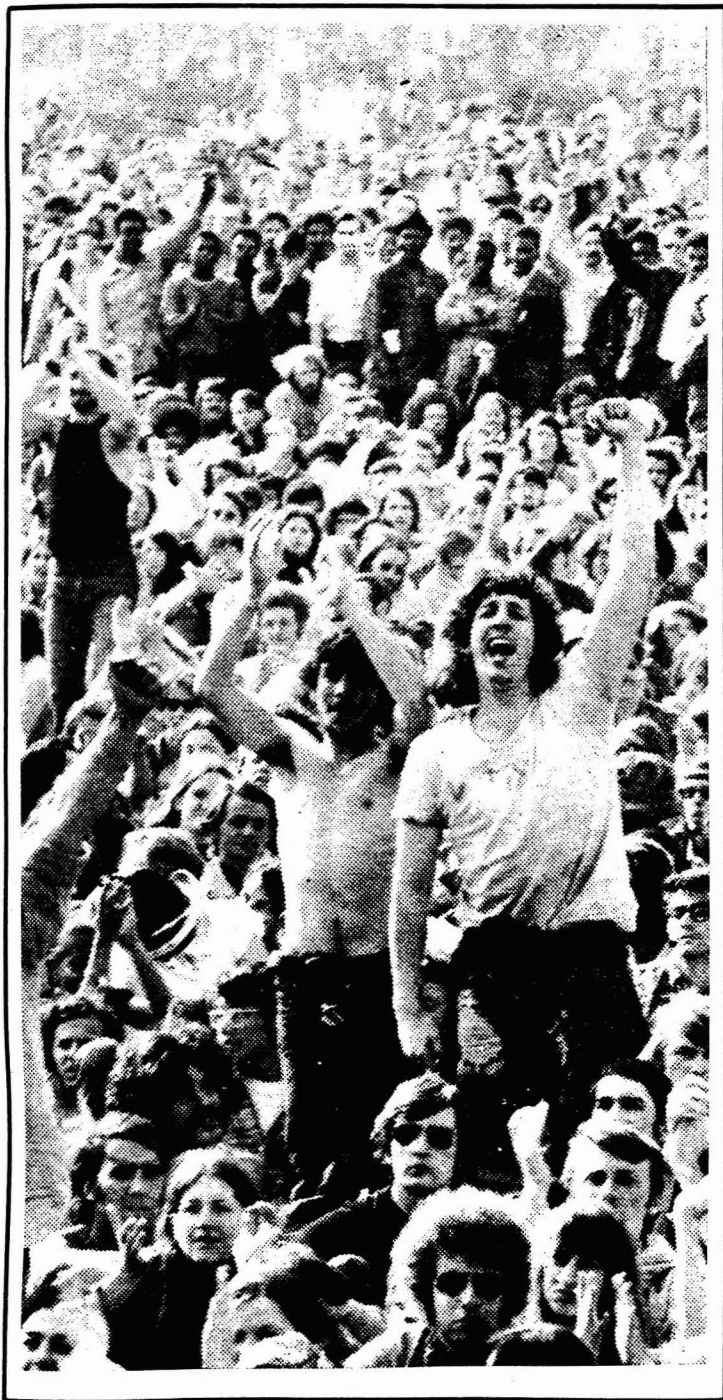
(Y en Argentina ¿no resulta profundamente subversivo pedir la vuelta a un gobierno civil? Y en Brasil ¿no resulta increíblemente revolucionario exigir el retorno a la legalidad burguesa? En sentido estricto ¿la libertad democrática burguesa no es un medio para legalizar la actividad revolucionaria?)

II. El nuevo gobierno chileno

De entrada, hay que reconocer lo impecable de la estrategia allendista para conseguir el poder. No sólo no se utilizó, sino que se condenó abiertamente el camino armado propuesto por el MIR. La llegada al poder significa un profundo conocimiento de la realidad chilena (el alto grado de institucionalización política, sobre todo) y un intento de utilización de la legalidad burguesa para conseguir cambios revolucionarios. Fue el Partido Comunista el impulsor de la política de alianza entre las fuerzas de izquierda y, por ello mismo, el triunfo electoral constituye su obra maestra.

Socialistas y radicales son de un corte "socialdemócrata", pero definitivamente es el Movimiento de Acción Popular Unitaria uno de los más interesantes grupos de los que integran la Unidad Popular. El MAPU se integra fundamentalmente de intelectuales y estudiantes, por ello su fuerza es cualitativa más que cuantitativa, como lo pone de manifiesto su influencia en los medios universitarios. Con este movimiento debuta en política una nueva generación de políticos chilenos.

Los partidos comunistas, por su férrea disciplina, siempre han considerado a los intelectuales como individuos un poco "sospechosos", pero nunca se han decidido a renegar de la importancia



de ese clan en la actividad revolucionaria. Buen número de intelectuales y artistas (entre ellos Neruda) forman parte de las filas del Partido Comunista Chileno, pero es a través del MAPU como la Unidad Popular ha logrado vincular a intelectuales y artistas a tareas de responsabilidad política, sin que éstos se quejen de una excesiva disciplina por parte del partido.

A pesar de que los jóvenes entre 18 y 21 años no votaron en estas elecciones (lo harán hasta las ya próximas elecciones de Concejales), sí constituyeron un factor importantísimo del triunfo: organizaron brigadas de propaganda, actos artísticos para recolectar fondos, pintaron prácticamente todas las paredes y vallas con murales y leyendas y, lo que es muy importante, le dieron a la Unidad Popular, con su combativa presencia, un "ángel" del que carecieron Alessandri y la Democracia Cristiana. No cabe duda de que los jóvenes chilenos, como los antiguos reyes de Georgia, nacen con el escudo real tatuado en la tetilla izquierda.

Hay un enorme entusiasmo entre los sectores bajos y medios de la población ("Ahora sí que le tocó al pueblo", dice una pinta), pero la izquierda chilena ha descuidado, en el diálogo ideológico con sus bases, el énfasis en lo que la Revolución tiene de sacrificio personal y de clase. La propia campaña electoral se desarrolló en torno a un slogan más o menos explícito: "La izquierda *da*", "La derecha quita", "La democracia cristiana sólo tramita". Incluso el movimiento obrero, controlado significativamente por el PC, está saturado de peticiones reivindicacionistas que, de algún modo, conllevan la renuncia a la impugnación del actual sistema. Sería en extremo frustrante que el nuevo gobierno, de manera consciente o inconsciente, acelerase simplemente la inmersión de las clases populares en los despojos de la sociedad de consumo, pues de ser así, históricamente sólo habrá jugado el papel de apuntalador de la burguesía chilena.²

El gobierno de Salvador Allende y de la Unidad Popular se inició, pues, con algunos rasgos que ya nos pueden permitir caracterizarlo:

En primer lugar, una gran conciencia de los mecanismos de la política internacional, del equilibrio del poder y de la situación geográfica de Chile. Esta conciencia se extiende también al equilibrio interno de fuerzas. El hecho de que el nuevo gobierno haya llegado al poder sin mayoría absoluta le impide hablar de un "mandato del pueblo" que pudiera legitimar sus actos; por ello la necesidad de sustentarse en las capas medias y la exigencia de neutralizar a los principales factores de poder "tradicional" (el ejército y la Iglesia).

El conocimiento de la geopolítica y las exigencias internas condicionarán, con toda certeza, un intento de sacar adelante un estilo "chileno" de política, ajeno a las alternativas y "modelos" ofrecidos por experiencias afines de otros países.

Todo mundo habla en Chile, sobre todo en estos días, de la

construcción del socialismo. Cada fuerza tiene su propio programa³ pero todos coinciden en la necesidad de que la política se mantenga dentro del estilo y de las circunstancias del país.

La institucionalización es un estilo de vida y de política. Chile es un país absolutamente legalista, ceremonioso y ritual. Cualquier otro valor, incluso el de la Revolución misma, parece supeditarse a esta exigencia de institucionalidad.

Después de ser investido como Presidente de la República, el primer acto oficial del doctor Allende fue asistir, acompañado de sus colaboradores a un Te Deum de acción de gracias en catedral; nótese dos cosas: el atavismo institucional y el afán de neutralizar a la derecha y a sus símbolos.

Por otro lado, la Unidad Popular no pudo ocultar el desconcierto que le producía su triunfo electoral. Hacía falta un programa detallado sobre lo que sería la obra del nuevo gobierno; hacían falta también las líneas fundamentales de la política concreta que seguirán cada uno de los ministerios, etcétera. En general, se nota la escasez de cuadros técnicos de alto nivel y de individuos con experiencia en las tareas de gobierno.⁴

Se observa también en el nuevo gobierno (y esto es más bien un resabio de la campaña electoral), una tendencia a hacer puntos políticos allí donde fundamentalmente hay puntos económicos. La política de nacionalizaciones, el impulso a la reforma agraria, etcétera, son cuestiones que fueron manejadas en un contexto esencialmente político. Con la Unidad Popular hecha gobierno empieza el momento de sopesar las exigencias de viabilidad y productividad económicas. No parece necesario insistir en la importancia de saber conciliar política, productividad y viabilidad.

Resulta difícil decir cuál será el futuro de la experiencia chilena. Puede adelantarse, sin embargo, que una cerrada lucha se librará entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana para adquirir o fortalecer control político de universidades, sindicatos, capas medias progresistas, y demás. Esto tendrá una consecuencia positiva: los partidos políticos tendrán que dejar de ver en el chileno tan sólo un cliente electoral. Los votantes tendrán que convertirse en adherentes; los adherentes en militantes; y los militantes en activos defensores o en activos críticos de las medidas que emprenda el gobierno.

Los años de sistemática oposición fortalecieron a la izquierda chilena. ¿Ahora es el turno de la Democracia Cristiana?

(Lima, 20 de noviembre de 1970.)

NOTAS:

1. H. Lefebvre y N. Guterman, *Qué es la dialéctica*, Editorial Dédalo, Buenos Aires, 1964, p. 105.

2. Parece que recientes declaraciones de Figueroa, de la CUT, y de otros dirigentes obreros se dirigían precisamente a recordar a la clase trabajadora que ahora eran ellos los que constituían el gobierno.

3. Mientras el Partido Comunista es partidario de un tipo de socialismo con fuerte participación y control del Estado (un poco el estilo soviético), la Democracia cristiana es más dada a hablar de autogestión, de descentralización, etcétera, haciendo el retrato hablado de algo que no se atreve a llamar "socialismo yugoslavo".

4. Esto hay que matizarlo. El PC tiene, de hecho, cuadros técnicos muy importantes, lo que pasa es que no tienen experiencia de gobierno. Esta experiencia sin embargo la aportan radicales y socialistas a la empresa de la Unidad Popular.

